

Una visión de lo invisible

Pastor: Oscar Arocha

Enero 25, 2015

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

“Porque esta es la voluntad de mi Padre: que todo aquel que ve al Hijo y cree en El, tenga vida eterna, y yo mismo lo resucitaré en el día final.” - (Juan 6:40)

Si se examinasen los pasajes donde se menciona la fe en el NT, pudiera notarse un mosaico compuesto de diferentes cuadros de la persona, obra y promesas del Señor Jesucristo. Unos hablan de los oficios de la fe, otros de los grados, además de sus diferentes estados, pero este verso leído no se refiere a esos, sino de la iniciación, entrada, o la que nos pondría en condición de ver los demás cuadros. Esto así, ya que resume los tres grandes asuntos del Evangelio: La fe salvífica: “**Ve al Hijo, y cree en él**”; la posesión o vida: “**Tenga vida eterna**”, y la promesa de gloria: “**Yo mismo lo resucitaré en el día final.**” Todos los aspectos de la fe verdadera son beneficiosos en alto grado, hacen vivir, dan gozo y visión de gloria, pero sin este no son posible los demás, de manera que nos encontramos frente a un versículo de crucial importancia; o que demanda ponerle especial atención. Por lo cual haremos el debido esfuerzo, y ello motivado por el profundo anhelo de vivir que experimentamos, el asunto lo requiere sin postergación.

El sermón será así: **Uno**, Estableciendo una visión espiritual de Cristo: “**Todo aquel que ve al Hijo y cree en El.**” **Dos**, Esta visión es certeza y realidad: “**Tenga vida eterna; y Yo mismo lo resucitaré en el día final.**”

I. ESTABLECIENDO UNA VISIÓN ESPIRITUAL DE CRISTO

En procura de establecer esta visión, se considerará: Un contraste necesario, y una visión espiritual.

El contraste necesario. Enfocamos el versículo: “**Esta es la voluntad de mi Padre: que todo aquel que ve al Hijo y cree en El, tenga vida eterna.**” (v40). Jesús estaba conversando con un grupo de personas, ya que el relato agrega: “**Por eso los judíos murmuraban de El**” (v41); esas personas le veían física o racionalmente, decimos racional por que si hubiesen sido ciegos no le verían con los ojos de la cara, pero sí con su razón o entendimiento. Ver espiritualmente al Señor Jesús no es con la razón, ya que alguno pudiera estar oyendo o leyendo un versículo y concluya que habla Cristo, y al mismo tiempo no verlo con ojos de fe, sino con razón humana. Eso no es ver a Cristo. Un caso extraordinario lo acentúa, Pablo: “**Al caer a tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y El respondió: Yo soy Jesús a**

quien tú persigues” (Hechos 9:5). Lo vio, pero no con fe. Y luego confiesa que prefiere verlo con ojos espirituales, que los de la cara. “De manera que nosotros de ahora en adelante ya no conocemos a nadie según la carne; aunque hemos conocido a Cristo según la carne, sin embargo, ahora ya no le conocemos así. De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es” (2 Corintios 5:16-17).

Algunos evangelistas modernos se jactan de haber visto a Jesús con los ojos de sus caras, o que el Señor se les ha aparecido, pero eso no es una visión de fe. La dicha prometida es verlos con ojos de fe; óigalo: “Jesús le dijo*: ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que no vieron, y sin embargo creyeron” (Juan 20:29). Note que El Señor contrasta, y a su vez censura, entre verlo natural, o con fe. La salvación entra por una visión de fe. Una ilustración: Alguien pudiera leer una partitura musical, distinguir sus notas, tiempo y armonía; pero no podrá tener un sentido completo a menos que la canción sea tocada o cantada. Ya que es el oído quien discierne los asuntos musicales, no la vista. De manera semejante la razón humana pudiera oír y entender los asuntos del Señor Jesús, y aun así no verlo con ojos de fe. Los asuntos espirituales han de verse en el alma, no en el cerebro.

La visión espiritual. Volvamos al texto: “Esta es la voluntad de mi Padre: que todo aquel que ve al Hijo y cree en El, tenga vida eterna.” (v40). Los que estuvieron allí le vieron con su razón, conversaron con El, pero no como Aquel quien salva, y el Único que puede dar completa felicidad al ser humano. Así ahora muchos le ven como líder religioso, pero no más. La razón descansa en puro conocimiento, en cambio la fe es una visión de lo que El dice ser y lo que promete. Un caso: “Todos éstos murieron en fe, sin haber recibido las promesas, pero habiéndolas visto y aceptado con gusto desde lejos, confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra” (Hebreos 11:13). Una promesa es una declaración hablada, es algo invisible, pero vista con ojos de fe impresiona el alma. La mente tendría un nuevo sentido de lo prometido, algo que la razón no puede.

Así que, cuando el Espíritu Santo revela a Cristo, trae dos asuntos al corazón Creyente: Luz e imagen. Con luz significamos un nuevo entendimiento, con tal fuerza que lo espiritual se hace tan real como si fuera cosa natural o material; nótese: “Sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento a fin de que conozcamos al que es verdadero” (1 Juan 5:20). Un ejemplo: “José hizo jurar a los hijos de Israel, diciendo: Dios ciertamente os cuidará, y llevaréis mis huesos de aquí” (Génesis 50:25). El confiesa y pide: Que tras la muerte seguiría viviendo, y para el día de la resurrección pidió recibirla en la tierra prometida. Como si fuera a ocurrir el año próximo. La mente de la persona se le dota de una nueva actividad capaz de ver lo espiritual como si fuera natural.

Además, que con ese nuevo conocimiento el Espíritu Santo forma una imagen en la mente del Creyente. Nótese: “Ve al Hijo, y cree en él” (v40). Lo ve y confía todo su ser en las manos del Señor Jesús, o que tiene entendimiento e imagen espiritual. Yo pudiera

describirles con palabras apropiadas la imagen de un ave, y mis palabras formar una imagen en su cabeza. En cambio nadie puede darle palabras ni imagen espiritual a otro hombre, eso es prerrogativa única del Espíritu de Dios. Así lo declara Pablo: “Conozco a tal hombre... que fue arrebatado al paraíso, y escuchó palabras inefables que al hombre no se le permite expresar” (2 Corintios 12:4). El había visto y oído asuntos espirituales, pero no podía contarlos.

Ahora bien, el Señor ha decretado que sólo con la predicación del Evangelio, no con experiencias espirituales, producir fe en el corazón humano. Los demonios ven a Dios con su raciocinio, pero no con ojos de fe: “Tú crees que Dios es uno. Haces bien; también los demonios creen, y tiemblan” (Santiago 2:19). En los asuntos del Evangelio hay una visión en la carne, y otra distinta en el Espíritu: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Y Jesús, respondiendo, le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mateo 16:15-17). Los asuntos espirituales son luz. La predicación del Evangelio es difundir conocimientos. Únicamente el Espíritu Santo forma la imagen espiritual correspondiente en el corazón Creyente. Cuando se dice una imagen significamos, que toda vez que uno ve un objeto se produce una visión y concepto en la mente. Al ver una piedra, un objeto duro, y la imagen es una forma irregular. En lo espiritual el Espíritu Santo da conocimiento, y una imagen, una realidad como si fuera un asunto relacionado con mis sentidos, aun siendo invisible.

II. TODA VISIÓN ESPIRITUAL TRAE CERTEZA Y REALIDAD

Certeza. Veamos nuestro verso: “Todo aquel que ve al Hijo y cree en El, tenga vida eterna, y yo mismo lo resucitaré en el día final” (v40). Nótese: “Tenga”, y la idea es como si vieras un hombre limpio y bien vestido; tendría la certeza de estar viendo un rico. Es poseer un sentido de seguridad de posesión en la cosa creída. El conocimiento de la fe es con certeza, visto con los ojos del alma. El conocimiento puede ser superficial o profundo, y mientras más profundo mayor certeza transmite. Una visión espiritual, produce certeza espiritual. Cuando un hombre cree en Jesucristo dice: Jesús es mío. Cuando tú ves, de cierto ves. Un caso: “Para que sean alentados sus corazones, y unidos en amor, alcancen todas las riquezas que proceden de una plena seguridad de comprensión, resultando en un verdadero conocimiento del misterio de Dios, es decir, de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Colosenses 2:2-3). La fe es sinónimo o equivalente a seguridad; releo: “Las riquezas que proceden de una plena seguridad de comprensión.” Cuando un alma recibe a Jesucristo por fe, siente que ha recibido una gran fortuna, una rica herencia. Las riquezas verdaderas proceden de ahí, y hacen el conocimiento espiritual el más excelente de todo otro. Así es proclamado: “Mas el que se gloríe, gloríese de esto: de que me entiende y me conoce, pues yo soy el Señor que hago misericordia, derecho y justicia en la tierra, porque en estas cosas me complazco—declara el Señor” (Jeremías 9:24).

Volvamos al texto: “Esta es la voluntad de mi Padre: que todo aquel que ve al Hijo y cree en El, tenga vida eterna, y yo mismo lo resucitaré en el día final. Por eso los judíos murmuraban de El” (v40-41). Esos judíos vieron a Jesús con la luz de su propia razón, pero la fe que une el alma con Jesucristo no hace uso de esa luz natural, sino que lo ve con la luz del Espíritu Santo, o no ve un simple hombre, sino el Hijo de Dios, el Creador manifestado en carne. Si alguien intentase mostrarle el sol con una linterna de seguro que un sentido de inseguridad surgiría en tu mente; tal visión sería cierta cuando lo vea con su propia luz, y diríamos con plena certeza, salió el sol. Hay gente que dice tener seguridad en las cosas que pide a Cristo, pero esa seguridad es motivada por su propio interés personal, o terrenal, no conforme a la seguridad que da el Espíritu Santo, la cual viene por medio de las Santas Escrituras, un caso: “Todos éstos murieron en fe, sin haber recibido las promesas, pero habiéndolas visto y aceptado con gusto desde lejos, confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra” (Hebreos 11:13). La seguridad de aquellos Creyentes estuvo basada, no en su propio interés terrenal, sino en lo que el Señor había prometido por Su Palabra revelada, la Biblia. La revelación espiritual trae certeza de lo creído. Por tanto, todo hombre que tiene fe en Jesucristo, quien es un verdadero Creyente, está seguro en su corazón que Cristo es suyo: “Tiene vida eterna”.

Realidad. Leo: “Todo aquel que ve al Hijo y cree en El, tenga vida eterna, y yo mismo lo resucitaré en el día final.” (v40). Toda persona que ve el Hijo en la luz del Espíritu de Dios, experimenta certeza y un claro sentido de realidad. Cuando decimos realidad se significa que por medio de la fe es trasladada al mundo espiritual, y ve que allí no hay muerte, sino resurrección. Es un mundo invisible, sin embargo es muy real. Ve su alma atravesando por la puerta de la muerte, y no muere, sino que ve a Cristo resucitándole en Aquel Día. El ve excelencia, y gloria. La razón es sencilla, el Espíritu de Cristo es unido a su propio espíritu: “Si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el mismo que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos, también dará vida a vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en vosotros” (Romanos 8:11).

Pregunta: ¿Cómo la fe hace eso? La Biblia responde: “La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1). Supongamos que hay un planeta llamado Orión, y nunca has estado allí; hay allá plantas, seres que no has visto, pero hay un instrumento que al ponerlo en el ojo hace ver la realidad de esas cosas. La fe es así con las realidades del mundo espiritual. El Espíritu Santo emplea las Santas Escrituras como una ventana para mostrarlo. En la Biblia se leen las revelaciones de Dios, las descripciones de Cristo, Sus promesas, y las hermosuras del Cielo, y el Espíritu con Su poder las hace reales al corazón. Lee esto: “A quien sin haberle visto, le amáis, y a quien ahora no veis, pero creéis en El, y os regocijáis grandemente con gozo inefable y lleno de gloria” (1 Pedro 1:8). Sólo el poder de Dios puede hacer que uno ame con amor sincero y profundo a alguien quien no ha visto. Lo ausente y distante es traído al alma, y lo ves presente y cercano. Una figura de esto: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen” (Juan 10:27). Nadie puede oír sino lo que sea real para sí mismo. La fe en

Cristo hace lo invisible muy real al ojo que cree. Así, pues, una visión espiritual de Cristo trae certeza y realidad.

Jesús está presto para recibir a pecadores. Enfoquemos nuestro verso: “**Esta es la voluntad de mi Padre: que todo aquel que ve al Hijo y cree en El, tenga vida eterna, y yo mismo lo resucitaré en el día final**” (v40). Su corazón es dar a conocer la voluntad del Creador a los hombres. Note que Sus Palabras son una clara invitación con promesa. Ofrece vida sobre la muerte, resucitarlos en el Día Final. Más aun, la oferta es a impíos, note el carácter de ellos: “**Los judíos murmuraban de El... Respondió Jesús y les dijo: No murmuréis entre vosotros**” (v41,43). Como si les hubiese dicho: Sean sabios, no sacarán beneficio de la murmuración, sino alimentar la soberbia. Tuvieron sentimientos y pensamientos amargos sobre la persona del Señor Jesús; no obstante Jesús les dice, que les haría bien creer en El. Se pudiera decir que su corazón es este: Cristo se esfuerza en hacer el bien a gente que no lo quiere. Tal como entonces las multitudes no conocen la voluntad de Dios, y peor aun, tampoco les interesa; aun así Cristo tiene más de dos mil años buscando hacerles bien, librarlos de la muerte, darles vida; aquí y después de aquí. Leamos de nuevo: “**Esta es la voluntad de mi Padre: que todo aquel que ve al Hijo y cree en El, tenga vida eterna, y yo mismo lo resucitaré en el día final**” (v40).

Hoy vimos una visión de pleno beneficio conectada con el profundo anhelo de la humanidad. Se vio el contraste entre visión natural y espiritual. Allí la fe impresiona el alma. La mente tiene un nuevo sentido de lo prometido. Recibe Luz e imagen. Luego se vio: Que esta visión de Cristo produce certeza y realidad: Todo hombre que tiene fe en Jesucristo, quien es un verdadero Creyente, está seguro que Cristo es suyo.

APLICACIÓN

1. **Hermano Amado: Recuerda Que en las letras de la Biblia hay Hermosura, y en la visión espiritual mucho más.** Comer esa dulzura no depende de ti, entonces será tu sabiduría leerlas bajo oración. Ruega siempre la ayuda del Espíritu Santo, ya que sólo y únicamente El puede hacerte ver Hermosura y gloria en Jesucristo. Haz, pues, oración ferviente antes de leerla, tal como tú haces cada vez que te sientas a la mesa. El Espíritu de Cristo no sólo abre las Escrituras, sino también abriría tu entendimiento. Que tu grito sea como aquel hombre ciego: “**Señor, que recobre la vista.**” (Marcos 10:51).

2. **Amigo. En esta Iglesia sentimos lamento por tu ceguera espiritual.** La natural pudiera privarte de ver las maravillas de este mundo, la cual de por sí sería muy triste, pero la espiritual que te impide ver la gloria de Cristo, y te deshereda de la vida eterna, no sólo es triste, sino muy trágica. La mayor ceguera es tener ciego los ojos del alma, y tal es tu caso. Tu cuerpo tiene sentidos para guiarte, pero tu alma no. No puedes ver a Cristo y vivir. Crisóstomo dijo: *La peor perdida es esa, ya que los*

miembros del cuerpo son doble; si pierdes un ojo tienes otro, pero tú no tienes dos almas, que pueda perder una y salvar la otra. Esa es tu penosa situación.

Así que, te invito a comer la comida que devolvería tu visión y vida: Jesús hoy te dice: “Yo soy el pan de la vida; el que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí nunca tendrá sed.”

AMÉN